

mis hermanos y diles: Yo subo á mi Padre y Padre vuestro, mi Dios y Dios vuestro. María Magdalena fué anunciando á los discípulos: He visto al Señor y me ha dicho esto. (San Juan, XX, 1 á 18)."

¿Seria posible desconocer el carácter de sencillez y de verdad en estas narraciones admirabilísimas? ¿Qué asunto mas maravilloso que éste, ni qué expresion mas sencilla? Es evidente que los discípulos de Jesucristo, que como vamos á ver, no daban al pronto ninguna fé al dicho de las santas mugeres, pero que refieren despues que le vieron resucitado, que le vieron diferentes veces por espacio de cuarenta dias, y que comieron y bebieron con él, no pudieron equivocarse en cuanto á su persona. Una ilusion de esta naturaleza seria el milagro mas asombroso de todos. ¿Y hablarian así unos entusiastas? ¿Lleva su narracion la marca de la impostura? ¿Inventan de esta manera unos impostores? ¿Serian sus relaciones tan lacónicas, tan decisivas, aun cuando sus contradicciones aparentes no desvaneciesen toda sospecha de un plan concertado entre ellos? ¿Hubieran podido todos de un modo tan uniforme y sin preparacion ni advertencia, sentar unos hechos que nos causan el mayor asombro, á la manera del relámpago que brilla en medio del cielo sereno? Fijemos un momento la consideracion en la narracion del discípulo amado de Jesus. ¿Qué verdad tan convincente en lo que cuenta de María Magdalena!

Sale ésta por la mañana cuando aun estaba oscuro,

y sale la primera porque rebosa actividad, ardor y amor. Acercándose al sepulcro, ve que está quitada la piedra. De la relacion de los otros evangelistas aparece, que esto no fué obstáculo para que otras santas mugeres que la acompañaron, visitasen el sepulcro; mas ella no lo hizo. La piedra está quitada; luego se han llevado el cuerpo. Ocurrírsele esto y partir de allí, todo fué uno. Como amiga ardiente, corre á buscar á Pedro, amigo ardiente tambien. Corre, y Pedro y Juan corren asimismo al sepulcro: éste, echando una mirada, ve que la sábana en que habia sido envuelto Jesus, estaba colocada con órden (circunstancia notable que debe alejar toda idea de un raptó violento del cuerpo). Pedro, dejándose llevar de la impetuosidad de su carácter, entra en el sepulcro y ve algo mas, el sudario que estaba doblado y puesto en un lugar aparte. Juan, oyendo esto, entra tambien en el sepulcro, y su alma grande y bella se convence de la verdad del hecho, y cree. Los dos discípulos se vuelven á su casa.

A Magdalena la traen otra vez sus congojas, y situándose cerca del sepulcro, llora. Con el corazon partido de dolor y el rostro bañado en llanto, dirige sus miradas al sepulcro, y ve dos ángeles vestidos de blanco. En aquel momento no teme nada, y es insensible al temor lo mismo que á la esperanza. ¿Qué le importan los ángeles en el sepulcro? No estando Jesus en él, está vacío para ella. Dícenle los ángeles: Muger, ¿por qué lloras? Y ella les responde: Porque se han llevado á mi

Señor, y no sé dónde le han puesto. ¡Cuán bien caracteriza la expresion indeterminada *se han llevado á mi Señor*, el dolor que no tiene mas que un sentimiento, y que no fijando la vista mas que en un solo objeto, claramente delineado, ve todo lo demas por entre tinieblas! Todo lo que no era él, no era nada para ella en aquel instante: por eso la aparicion de los ángeles no la sorprendia, ni la atemorizaba, ni aun la alegraba. Si todo esto fuera una ficcion poética, seria la poesia mas elevada que se ha inventado jamas, porque no puede compararse con ella el silencio sublime de Ajax en el imperio de las sombras, que pinta Homero.

No dice el Evangelista si nuestro Señor que estaba de pié detras de María Magdalena, habia tomado otra forma, ó si le fascinó los ojos al tiempo de volver ella la cabeza, como hizo despues con dos de sus discípulos que caminaban con él, para que no le conocieran. Ella se volvió y le tuvo por el hortelano, porque al punto le ocurrió que éste podia saber mejor lo que habia pasado con el muerto: por eso deseaba que fuese el hortelano, figurándose que pudiera él muy bien haberse llevado el cuerpo de Jesus. Nuestro Salvador debió anticiparse á hablar á María, porque le dirigió estas palabras: *Muger, ¿por qué lloras? ¿A quién buscas?*

Aunque abatida con el dolor, habla sin embargo respetuosamente á aquel cuyo corazon quiere mover: Señor, si tú te le has llevado, dime dónde le has puesto, y yo me le llevaré. Al decir estas palabras, aparta los

ojos de él, como es natural en quien tiene un deseo ardiente, y busca á su rededor esperando la respuesta. Dícele Jesus: *María*. Entonces ella se volvió y le dijo: *Rabboni*. Las delicias del cielo habian penetrado é inundado su alma, y con una sola palabra derrama ella su corazon entero delante de su Señor. A lo que parece, quiere echarse á los piés de éste, y besarle ó abrazar sus rodillas; mas Jesus le dice: No me toques, porque aun no he subido á mi Padre; pero vé á mis hermanos y diles: Yo subo á mi Padre y Padre vuestro, á mi Dios y Dios vuestro.

Enagenada y turbada con tanta felicidad, creyó probablemente que el Salvador iba á subir al instante al cielo, y que su dicha iba á desaparecer como un relámpago. La tristeza de la separacion se habia mezclado con el gusto de verle; mas el Salvador la tranquiliza acerca de esto, diciendo: No me toques, porque aun no he subido á mi Padre; como si dijera: Aun me verás en la tierra: todavía no ha llegado la hora de nuestra despedida (1). Mas como estas palabras podian abatir á

(1) A estas palabras: *No me toques, porque no he subido aún á mi Padre*, han dado algunos el sentido de que debia apartar su espíritu de la presencia sensual de su santa humanidad, y dirigirse al cielo, donde estaria el Señor antes de poco tiempo á la diestra de Dios, y donde ella le contemplaria algun dia. Pero me parece mas natural el sentido que yo les he dado. Mas adelante no se opuso Jesus á que dos santas mugeres, María, madre de Santiago, y Salomé, abrazaran sus piés, verosíblemente porque estaban atemorizadas, y necesitaban de esta licencia para recobrase.

María, dejando en ella la idea dominante de que el Señor subiría á su Padre, añadió las siguientes tan amables como sublimes: Pero vé á mis hermanos y diles: Yo subo á mi Padre y Padre vuestro, á mi Dios y Dios vuestro.

¡Cuán bien pintan estas palabras el carácter del hombre Dios! La pluma se me cae de las manos. El cristiano que cree en su Dios y en su Padre como en el Dios y en el Padre de Dios hecho hombre, que espera en él y le ama, no ha menester mis palabras; y ¿cómo me atrevería yo á hacer mella en los que me han seguido hasta ahora, si al leer lo que dicen de aquel los evangelistas, no se han convencido de la grandeza infinita, de la amabilidad y de la divinidad del hombre Dios? Sin embargo, digamos dos palabras. Jesucristo llama aquí á sus discípulos hermanos suyos: Poco despues dijo tambien á María, madre de Santiago, y á Salomé: Id, y decid á mis hermanos. No vemos que les diese un nombre tan tierno antes de su resurreccion. ¡Qué ternura de afecto muestra ahora que ha resucitado, y se manifiesta mas que antes como el Mesías, como el Hijo de Dios, dando el nombre de *hermanos* á los que tres dias antes le habian abandonado por flaqueza, á los que le habian permanecido á la verdad, fieles en el corazon, pero dudaban aun en su entendimiento, del cumplimiento de las divinas promesas!

Mas esta circunstancia es notable tambien bajo otro respecto, de que ya he hablado en otro lugar. En el Salmo XXI que encierra profecías tan terminantes so-

bre el abatimiento y elevacion del Mesías, se dice (v. 23) que “contará el nombre de Dios á sus hermanos, cuando Dios le haya salvado de la boca del leon.” Este pasage es una de las muchísimas alusiones á la historia de Jesucristo, que se encuentran en las profecías; alusiones que los evangelistas no hacen notar, y que por esta razon son mucho mas propias para convencer.

Ninguno de los cuatro evangelistas nos dice de qué manera salió Jesucristo del sepulcro: bátales exponer la resurreccion, y esto lo hacen todos. Este silencio, que echa un velo sobre el instante en que pasó el acontecimiento mas glorioso, es sublime y mas á propósito para convencer el corazon, que la descripcion mas bella que se hubiera hecho de él. Vemos que no refieren sino lo que presenciaron ellos, ó lo que contaron otros testigos oculares. Un historiador poético no hubiera podido ni querido reducirse á límites tan estrechos. Guardan silencio en esta parte, y esa es una señal cierta de su inspiracion divina, del mismo modo que no nos hacen ninguna descripcion de la felicidad del cielo. Este misterio queda sellado; pero con el sello de una verdad santa. Todas las religiones falsas pintan el cielo; mas la de Jesucristo no lo hace: dícenos que veremos á Dios; pero deja envuelta en las tinieblas la dicha inefable de que habla el Apóstol en estos términos: “Lo que los ojos no vieron, lo que los oidos no oyeron, y lo que el corazon del hombre no concibió jamas, he ahí lo que Dios tiene preparado para los que le aman.”